



¿Suposiciones o contrafactuales? A propósito del libro de Niall Ferguson (ed.), *Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?*¹

José C. Bermejo Barrera
Universidad de Santiago de Compostela

Recientemente se ha traducido al castellano el libro *Historia virtual*, un conjunto de trabajos inspirados por, y editados, por Niall Ferguson a través de los cuales se pretende ofrecer una visión de la labor historiográfica. Tras una introducción de carácter teórico del propio Ferguson se ofrecen al lector una serie de trabajos que poseen en común la característica de estar contruidos a partir de un supuesto: que no hubiese ocurrido un hecho histórico importante, y cuales hubiesen sido sus consecuencias. Así se inicia el libro con un análisis en el que la independencia de los EE.UU. no hubiera tenido lugar, y tras estudiar como Inglaterra no entró en la Iª Guerra Mundial, como no hubo Guerra Civil en España, como Hitler invadió Gran Bretaña, y así sucesivamente, se cierra el libro con un estudio sobre qué hubiera ocurrido si la *perestroika* tampoco hubiera tenido lugar, para culminar con otra síntesis de Ferguson en la que reconstruye la historia occidental desde la no independencia de las colonias inglesas en Norteamérica hasta el hundimiento de la civilización occidental debido a la crisis del petróleo provocada por la victoria de Sadam Hussein, al conquistar Kuwait. Y todo ello ante el asombro de una Rusia todavía, por supuesto, gobernada por los zares en el año 2000.

Este libro podría parecer no ser más que un travieso divertimento historiográfico, en el que unos historiadores, abrumados por el peso de los acontecimientos, deciden jugar libremente con la historia. Sin embargo esa no fue su pretensión, y la recepción del libro, no sólo en España, sino en los principales foros de debate sobre la teoría historiográfica², parecen confirmar que sus pretensiones van mucho más allá.

En efecto en su introducción teórica el propio Ferguson intenta poner de manifiesto como la "historia virtual" saca a luz una serie de presupuestos del discurso histórico que los historiadores suelen aceptar de modo acrítico. En

¹ Niall FERGUSON, *Historia virtual. ¿Qué hubiera pasado si...?*, Madrid, Taurus, 1998.

² Ver el análisis del mismo por Johannes BULHOF, "What if? Modality and History", en *History and Theory*, 38, 2, 1999, pp. 145-168.

síntesis todo ese conjunto de presupuestos se centrarían en la idea de *inevitabilidad histórica*, en su día criticada por Isaiah Berlin³, según la cual la historia ha ocurrido de la forma en la que la conocemos porque no podría haber transcurrido de otra manera. El devenir histórico no sería así contingente, sino necesario, y ese curso inevitable del mismo estaría estrechamente asociado a la idea de que, por una parte el conocimiento histórico es racional, y de que dicho conocimiento es capaz de descubrir consecuentemente el sentido subyacente al fluir de los acontecimientos históricos, cuando no -como en el caso de Marx- las leyes de su desarrollo.

El análisis de Ferguson, que actúa como teoría unificadora que da sentido al volumen, dista mucho de dar cuenta de la estructura del conocimiento histórico, lo que no obsta para que se presente como una especie de manifiesto a favor de una “historia caótica”, es decir de una historia en la que realizasen aplicaciones de la teoría matemática conocida con el nombre de teoría del caos. Dicha teoría, que encuentra sus aplicaciones en el ámbito de procesos físicos como los estudiados por los meteorólogos, parte del principio de que en procesos de este tipo el número de variables que configuran las ecuaciones que nos permiten analizar un proceso no es constante, sino que, en cualquier momento se puede introducir o desaparecer alguna de ellas, lo que exige un tratamiento matemático mucho más complejo. Los intentos de aplicación de la teoría del caos a la historiografía han sido variados, como puede verse recientemente a través del debate sostenido en las páginas de *History and Theory*⁴. Pero lo que todos ellos tienen en común es el no aplicar los métodos matemáticos correspondientes al estudio de la historia -porque resulta claramente imposible-, sino simplemente utilizar el caos matemático como metáfora, como señalaba Henry Ashby Turner Jr, en el trabajo citado.

Lo curioso de estos nuevos planteamientos es que parten de premisas muy antiguas, que a veces se desconocen, como es el caso del trabajo de Berlin, ignorado por Ferguson. Y es que, en realidad, lo que nos estamos planteando es el viejo problema de la nariz de Cleopatra, suscitado por Blaise Pascal, quién señalaba que algunos milímetros de la misma podrían haber cambiado el destino del Imperio Romano, al hacer que César y Marco Antonio no se hubiesen enamorado de ella. En realidad se trata también del viejo debate acerca de la importancia de las acciones de los grandes hombres y su relación con las circunstancias históricas, como se puede ver claramente en el debate entre Lindenfeld y Turner acerca de la toma del poder por parte de Hitler.

³ *Historical Inevitability*, Oxford, Oxford University Press, 1954.

⁴ Ver los trabajos de David L. LINDENFELD, “Causality, Chaos Theory and the End of the Weimar Republic. A Commentary On Henry Turner’s Hitler’s Thirty Days to Power”, *History and Theory*, 38, 3, 1999, pp. 281-299; y del propio Henry Ashby TURNER Jr., “Human Agency and Impersonal Determinants in Historical Causation: A Response to David Lindenfeld”, en *History and Theory*, 38, 3, 1999, pp. 300-306.

No vamos a tratar aquí de poner de manifiesto que la historia virtual no es una alternativa historiográfica coherente, puesto que ello es evidente, ya que si todos los historiadores se dedicasen en vez de a contar y analizar el pasado tal y como ocurrió, a imaginar como hubiera podido ser, la corporación historiográfica se convertiría en una nueva versión de la *Stultifera Navis*, lo que, por supuesto, los cultivadores de esa novedad historiográfica saben muy bien. Lo que interesa destacar es un punto en el que ellos inciden, y en el que ha incidido J. Bulhof: se trata de saber hasta qué punto esa forma de razonar a base de contrafactuals es de uso normal por parte de los historiadores, como ellos afirman.

Se llama razonamiento contrafáctico en epistemología a un tipo de razonamiento en el cual, dado un proceso en el que intervienen una serie de variables: a, b, c..., se suprime una o varias de ellas con el fin de analizar si el resultado de ese proceso hubiera sido o no el mismo. El ejemplo clásico del uso de ese tipo de razonamiento en historia es el llevado a cabo por R. Fogel en el campo de la cliometría. Fogel estaba interesado por saber si el desarrollo económico de los EE.UU. hubiese sido el mismo en ausencia de los ferrocarriles. Lo que hizo para ello fue realizar el cálculo del PIB con y sin la intervención del ferrocarril, para llegar así a la conclusión de que el desarrollo económico no hubiese sido sustancialmente diferente. En el caso de Fogel el uso de los contrafactuals está justificado porque él dispone de un mecanismo matemático que le permite realizar el cálculo del PIB, y lo que hace es cambiar una serie de datos en su cálculo y así obtener un resultado diferente. Su forma de actuar no se diferencia mucho de lo que los físicos teóricos llaman un experimento mental. Dichos experimentos consisten en hacer cálculos partiendo de hipótesis no verificables todavía experimentalmente y analizar así los resultados obtenidos, los que en muchos casos nos proporcionan datos muy reveladores para la teoría física, datos que pueden orientar la experimentación futura.

Lo que se lleva a cabo en el libro de Ferguson es, sin embargo, algo muy diferente. Aquí no hay cálculos, ni ecuaciones, ni hipótesis matemáticas, sino solo suposiciones. Pongamos un ejemplo. Santos Juliá supone que si Alfonso XIII no hubiese apoyado a Primo de Rivera y hubiese realizado las reformas moderadas que la sociedad española de ese momento demandaba, democratizando el sistema político y dando cabida a reivindicaciones sociales, entonces no hubiese sido necesaria la proclamación de la IIª República. Consecuentemente no habría habido Guerra Civil. Y como España no hubiera entrado en la IIª Guerra Mundial, se habría beneficiado económicamente de la misma, gracias a su neutralidad, con lo que hubiera alcanzado un desarrollo económico, social y cultural muy importante, ahorrándose el lapso de cuarenta años del franquismo.

Es evidente que este análisis puede ser muy discutible, como sabemos que, a pesar de todo no habría habido IIª República, o como determinar la neutralidad de esa diferente España en la IIª Guerra Mundial. La historia trazada por Santos Juliá no es una de las posibles -a todo esto él parece dar a entender que sólo habría la posibilidad que él describe, y no varias como sería más lógico,- sino la que a él más le hubiera gustado -también a mí-. Santos Juliá amontona condicionales sobre condicionales, trazando así un curso del devenir histórico guiado por su imaginación y sus ideas éticas y estéticas, pero no analiza el abanico de las diferentes posibilidades, entre otras cosas por que de la combinación de las mismas tendríamos una proliferación de casos casi inabarcable. Y la misma tónica se mantiene en el caso del resto de los colaboradores del volumen.

Debemos, pues, distinguir el uso de contrafactuales, que siempre debe hacerse con sumo cuidado, y cuando haya una sólida base cuantitativa y un aparato matemático que permita tratarla⁵, del uso de las oraciones condicionales en historia, que es de lo que en nuestro caso, se trata, y de lo que sería conveniente hacer alguna reflexión.

Que los seres humanos pensamos, y consecuentemente hablamos, utilizando las categorías de modalidad, que en su definición kantiana serían las de: *posibilidad*, *existencia* y *necesidad*⁶, es algo evidente y perfectamente conocido en la tradición filosófica occidental desde Aristóteles por lo cual nada tiene de extraño el que los historiadores, que, al fin y al cabo, carecemos de una lengua propia y nos expresamos en los diferentes lenguajes naturales, utilicemos ese mismo tipo de razonamientos.

En su clasificación de los diferentes tipos de juicios Aristóteles distinguió, si nos atenemos a la modalidad, tres clases de ellos: los juicios *problemáticos*, que establecen la posibilidad o imposibilidad de un hecho, los juicios *asertóricos*, que establecen la existencia o inexistencia del mismo, y los juicios *apodícticos*, que establecen su necesidad o contingencia. Y es partiendo de esa clasificación de los juicios como Kant elaboró su tabla de las categorías en general, y, en nuestro caso, de las categorías de modalidad. Pero el análisis del estagirita no se quedo reducido al nivel lógico, o lingüístico, sino que dio también cuenta del problema en el libro IX de su *Metafísica*, al analizar el problema del ser en potencia y del ser en acto.

Aristóteles llega a la conclusión de que todo conocimiento es conocimiento del *ser*. Sólo podemos conocer lo que existe, y nunca lo que no existe.

⁵ Sobre el uso de los contrafactuales en historia ver el libro clásico de Geoffrey HAWTHORN, *Plausible Worlds. Possibility and Understanding in History and the Social Sciences*, Cambridge, Cambridge University Press, 1991.

⁶ Ver Inmanuel KANT, *Kritik der reinen Vernunft*, a 70/B 95.

Pero ello no quiere decir que sólo podamos conocer al ser tal y como es en este momento, y consecuentemente que siempre tengamos que hablar en tiempo presente. También podemos conocer el ser en su pasado y observar su cambio, o su devenir, un proceso en el cual el ser pasa de la *potencia* al *acto*, o lo que es lo mismo del reino de la posibilidad al de la efectividad, de lo virtual a lo real. Ahora bien, únicamente podemos conocer al ser en potencia si está en relación con el ser en acto. Así por ejemplo, una semilla es un árbol en potencia, pero es una semilla en acto, y por lo tanto posee ser en este momento, si no fuese nada en ese momento no podría ser potencia de nada, puesto que, de acuerdo con el principio aristotélico, de la nada, nada sale.

Esta vinculación de la potencia y el acto está orientada hacia el futuro, pero también podría orientarse hacia el pasado. Un ser llega a ser lo que es en la medida en la que desarrolla alguna de las posibilidades contenidas en él, lo que determina el que se realicen unas posibilidades y no otras sería, en nuestro caso, la contingencia histórica. Todos los seres históricos son contingentes. Ello quiere decir que son singulares, y no universales, y que sobre ellos únicamente podremos formular juicios asertóricos -que determinan su existencia o no existencia- y problemáticos -que determinan su posibilidad o imposibilidad-, pero nunca juicios apodícticos -que determinan su necesidad o no necesidad-. Para Aristóteles la historia es el conocimiento de lo singular -de lo que Alcibíades dijo o hizo- y por ello no puede ser filosófica -o dicho en términos actuales científica-, siendo más universal que ella la tragedia, que establece lo que debe o no debe ocurrir, estando por ello más cerca de la universalidad, una característica de la ley moral⁷.

Esta reflexión aristotélica aplicada a la historia nos liberaría del dilema entre historia virtual y historia efectiva, ya que la historia es, por definición, el reino de lo posible, el reino del azar. Si en la actualidad se plantea este dilema, que da origen al libro que estamos analizando, es porque desde el momento en el que la historia se ha definido como ciencia ha pasado del reino de lo posible al de lo necesario, ya sea encarnado en las supuestas leyes de la historia o en la idea de que el conocimiento histórico es capaz de dar cuenta, de explicar con toda satisfacción el pasado. Los historiadores actuales, en este sentido comparten un principio filosófico desarrollado por Leibniz, que es conocido con el nombre de "principio de razón suficiente", y se suele formular con la expresión *nihil est sine ratione*. De acuerdo con él todo lo que existe y ocurre posee una razón para existir, consecuentemente todo puede ser explicable, y, en último término estaríamos en el mejor de los

⁷ Ver este análisis aristotélico en su *Poética*.

mundos posibles, ya que todo lo que ocurre en él tiene una razón para ocurrir, como pondrá de manifiesto el propio Leibniz en su *Teodicea*⁸.

Estas consideraciones filosóficas no son ajenas a nuestro tema, por el contrario podríamos decir que son el tema mismo, o el núcleo de la cuestión, ya que de lo que trata la historia virtual es demostrar que el curso del devenir histórico no tiene por qué ser necesariamente el mejor de los posibles, y que todo lo que ha tenido lugar en él no ha sido necesario. Frente al carácter apodíctico de la historia-ciencia estaríamos ante una reivindicación de lo contingente, del azar, o dicho en un término que suena más actual, del caos y su teoría.

Lo que ocurre en el caso de la historia virtual es algo que curiosamente también está muy enraizado en nuestra tradición filosófica, como casi todos los problema epistemológicos que la historia plantea. Se trata del problema de si es posible lograr el *conocimiento medio*. Se entiende por conocimiento medio, en la definición que dio el filósofo neoescolástico español del siglo XVI Francisco Suárez el conocimiento no de lo que es o de lo que fue, sino de lo que hubiera podido ser. Suárez se planteó este problema en el mismo ámbito en el que luego desarrollará Leibniz su *Teodicea*, es decir dentro del problema de la libertad humana y del origen del mal. La cuestión era la siguiente. Si Dios es omnisciente sabe de antemano la conducta de cada uno de nosotros en nuestra vida. Si conoce esa conducta por anticipado es que dicha conducta ya esta predeterminada, y por lo tanto no podemos ser libres de escoger entre el bien y el mal, sino que nuestro destino esta anticipadamente prescrito.

Para resolver este problema Suárez formuló la teoría del conocimiento medio según la cual lo que Dios conoce no es lo que va a ocurrir, sino las diferentes posibilidades en tanto que posibilidades. El conocimiento divino, en este terreno, no se formularía mediante juicios apodícticos, sino mediante juicios problemáticos, y por lo tanto no predeterminaría el curso del devenir personal, ni consecuentemente del devenir histórico. Ese conocimiento de lo posible, y no de lo efectivo sería exclusivo de Dios, los seres humanos sólo podemos conocer lo que es, es decir el ser en acto y en potencia, si la potencia se halla unida al acto, lo que está mucho más allá de nuestro alcance es el

⁸ *Essais de Théodicée sur la bonte de Dieu, la liberté de l'homme et l'origine du mal*, 1710, en WERKE, II/1, II/2, Darmstadt, 1985.

Sobre el principio de razón suficiente puede verse el análisis de M. HEIDEGGER en, *La proposición del Fundamento*, Barcelona, Serbal, 1991.



conocimiento de las meras posibilidades, y mucho más del entrelazamiento hasta el infinito de series de probabilidades⁹.

Naturalmente Suárez desconocía una ciencia que tardaría aun muchos años en nacer: la estadística, que supone el mayor esfuerzo humano para comprender la probabilidad y el azar, y que planteará también interesantes cuestiones filosóficas dos siglos más tarde, cuando autores como I. Kant se planteen cuestiones como ésta. El comportamiento humano es libre, y cada persona, por ejemplo, elige con quién casarse. Pero si recurrimos a la estadística veremos que hay claramente pautas de matrimonio, por edades, grupos, etc, que pueden ser analizadas. ¿Cómo es ello compatible con el problema de la libertad? Kant nos dará una solución afirmando que yo como sujeto moral soy libre al elegir mi esposa, en tanto que soy un ser nouménico, pero en tanto que ser fenoménico, mi conducta es perfectamente analizable y puede ser sometida a un tratamiento científico estadístico. Esta solución, sólo inteligible dentro del sistema filosófico de Kant, no es del todo satisfactoria, pero supone un paso adelante en relación con el planteamiento de Suárez, ya que no hay conocimiento de lo posible, del azar o del caos, sino únicamente conocimiento de lo necesario, que puede ser sometido a las categorías del entendimiento y ser encauzado por el camino del método científico. En este sentido la historia, para Kant, estaría en el futuro más orientada hacia el lado de la estadística que hacia el estudio de lo meramente contingente¹⁰.

Sin embargo nuestros historiadores virtuales se hallarían en este caso, más cerca de Suárez que de Kant, puesto que pretenden asentarse en el conocimiento de lo meramente posible y quedarse ahí, y no, por el contrario, como intentaría el filósofo de Koenigsberg de reducir lo contingente a lo necesario, o al menos intentarlo.

Podría afirmarse que ese intento de domesticar el azar es lo que han venido haciendo los historiadores desde hace siglos, ya sea intentando encontrarle un sentido a la historia en el terreno religioso, como San Agustín o Bossuet, en el filosófico, como Voltaire y la Ilustración, o tratando de desarrollar esquemas de explicación histórica, ya sea trabajando con el paradigma de la historia-ciencia, o bien reduciendo la historia a sociología, de acuerdo con A. Comte y las tradiciones sociológicas francesa y alemana. En este sentido el manifiesto de la historia virtual que nos presenta Ferguson es todo un síntoma, un síntoma quizás del cansancio, o del agotamiento, de esa historia explicativa, y una reivindicación, consecuente con el desarrollo de la

⁹ Sobre este tema ver, Robert Merrihew ADAMS, "Middle Knowledge and the Problem of Evil", en M. McCord ADAMS and R. Merrihew ADAMS, *The Problem of Evil*, Oxford, Oxford University Press, 1991.

¹⁰ Ver Yirmiyahu YOVEL, *Kant and the Philosophy of History*, Princeton, Princeton University Press, 1980.

teoría narrativista de la historia a partir de Hayden White y su *Metahistoria*, de la historia como relato. Sin embargo la historia virtual supone un paso más hacia delante, puesto que los historiadores narrativos, de acuerdo con el tan citado aforismo rankeano siempre han querido contar el pasado *wie es eigentlich gewesen*, es decir tal y como ocurrió, dejando a un lado todas las otras posibilidades. Y ello era así porque, de acuerdo con la tradición establecida en la retórica clásica y formulada por Cicerón y Quintiliano la historia es *ad narrandum* y no *ad explicandum*, aunque, en el fondo se esperaba que si el historiador renunciaba a añadir explicaciones a los hechos históricos era porque esos hechos hablaban por sí mismos y su mera sucesión daba cuenta, no sólo de su sentido, sino también de su necesidad.

La historia virtual es una historia narrativa. De hecho es curioso comprobar que todos los trabajos contenidos en el libro entran dentro del campo de la historia política, y en muchos casos de la historia militar, ámbitos en los que evidentemente la toma de decisiones por parte de los "grandes hombres", sus logros y errores, pueden configurar el devenir histórico. Ahora bien este carácter narrativo va unido a una teoría según la cual el construir relatos alternativos a la realidad histórica puede tener un valor explicativo, tal y como lo poseen los contrafactuales en historia económica o en física, y eso sería lo que tendríamos que discutir.

Si los contrafactuales explican en física o en teoría económica es porque hay una teoría explicativa formalizada, que, por ejemplo, nos dice como se forma el PIB o un agujero negro. El contrafactual simplemente matiza o ajusta la teoría, jugando con las variables. El problema de la historia virtual es que, al tratar sobre todo de la historia política en ella no hay ninguna teoría formalizada, sino una mera descripción, pero no una descripción en la que los acontecimientos hablan por sí mismos, sino otra en la que los acontecimientos inexistentes explican a los acontecimientos ocurridos, lo que resulta francamente difícil de concebir epistemológicamente. El historiador virtual reivindica la imaginación histórica, que evidentemente existe¹¹, pero esa imaginación funciona en coordinación con el entendimiento y la razón. O, lo que es lo mismo, nos permite coordinar nuestros datos de acuerdo con un modelo y suplir las deficiencias de nuestro conocimiento. La imaginación histórica funciona bajo un control, que viene dado por la consideración de las evidencias, de los hechos. Si decidimos cambiar arbitrariamente los hechos la imaginación, como diría Kant, abandona el seguro camino de la ciencia, y la historia se convierte en una ficción.

Reivindicar esa ficción no sólo supone rechazar de plano las normas establecidas para la producción del conocimiento histórico, lo que siempre será

¹¹ Sobre la imaginación histórica y sus funciones ver mi libro *Fundamentación lógica de la Historia*, Madrid, Akal, 1991.



aceptable, en tanto que dichas normas pueden estar sujetas a discusión, sino atentar contra los principios del conocimiento humano, tal y como lo ha venido formulando la epistemología occidental. En este sentido tendríamos que reivindicar la vigencia de esa tradición filosófica para analizar los principales problemas que el método histórico plantea, y en nuestro caso el estudio de los problemas de la modalidad desde Aristóteles a Kant, y llegando hasta la actualidad¹², poseen un gran interés.

En este sentido creo que podríamos concluir afirmando dos cosas. La primera es que el uso de las categorías de modalidad es inherente al pensamiento humano, en el que funcionan los tres tipos de juicios modales. Pero ello no obsta para admitir el principio sentado por Aristóteles según el cual sólo podemos conocer el ser, o lo que es, no la nada, puesto que de la nada no sólo no sale nada, sino que de ella tampoco nada se sabe. Si sólo podemos conocer el ser, en potencia y en acto, y en la relación entre ambos, ello quiere decir que, como señala Nicolai Hartmann, sólo hay conocimiento de la *efectividad* y no de la *posibilidad*, tal y como él formula en lo que llama su “ley modal fundamental”. De acuerdo con ella no es posible el conocimiento medio, imaginado por F. Suárez para resolver un problema teológico: el de la libertad y la teodicea. Si sólo podemos conocer lo efectivo con sus variaciones, y no la mera posibilidad, y sobre todo la posibilidad que deriva de otra posibilidad, y así sucesivamente, entonces epistemológicamente hablando la historia virtual no sólo rompe las formas establecidas de hacer historia, sino también nuestros usos cognitivos. La historia virtual supone la liquidación de la noción de *acontecimiento histórico*, que, matícesela lo que se quiera, es inseparable de la formulación de la historia como conocimiento. La historia virtual no es la historia aderezada con el uso de contrafactuals, sino la historia supuesta, o la libre conjetura en su utilización histórica, y por ello no puede trazar precisamente el camino a seguir por la historiografía del futuro.

¹² Ver, en este sentido el libro de Nicolai HARTMANN, *Ontología, II, Posibilidad y efectividad*, México, FCE, 1957 (Berlín, 1937).